

II

Aunque se cieguen las estrellas

INMERSIÓN EN EL PAISAJE

[Garganta de La Puria, El Torno]

Si me paro
frente al agua cantarina que corre,
que sea para mirar
cómo salta de piedra
en piedra
y cómo, enseguida, cae redentora,
—otra vez— redonda
a la sima de lo hondo
y me salva.

Me reconozco
inmerso en ella, ungido por sus minerales
y su maternal
ternura.

El agua pasa así su respiración de oxígeno
y su caricia
a mis pensamientos.

El bosque de alisos se cimbreo grácil en cada orilla
y la lluvia se acuna

con sus poros abiertos y encendidos,
ya almidonados,
ya dispuestos a germinar,
ya flotando en el aire de la tarde
—el agua
fría—
anida el cielo.

En este lugar respira libre mi existencia. En este lugar
se aleja de mí
cuánta
incertidumbre.

Los años lindan al norte con el salitre
de un mar
intenso
y en oscura
zozobra;
al sur, con la esperanza —aún esquiva—
de las aguas
profundas
no nombradas
todavía.

CELEBRACIÓN Y VUELO / I

Aún

te pienso con esa claridad
tan tuya
que todo lo inunda,
con esa luz que resbala —puntual— desde lo más alto
y que desde el cielo, a media mañana,
prende en mí
con toda su bondad.

Aún

recuerdo haber leído
con avidez casi todos tus versos,
haber tocado a contraluz
todos los colores
de tus paisajes desnudos, nacarados, amanecidos
[—hirientes ya de belleza—,
en tantos momentos
luminosos.

Recuerdo tu rostro,
tu desesperanza, a veces, y tu mirada perdida, anclada
a lo lejos.

Con asombro recuerdo
algunos enseres que han envejecido
por el fragor del invierno y los años. Diría incluso que
[ahora
el pensamiento y los sueños
se me agolpan.

Recuerdo la redondez del agua en la planicie abierta
de tu mano
para refrescarme el rostro
y el gorjeo cristalino
de un verderón alborozado
en torno
a ti.